





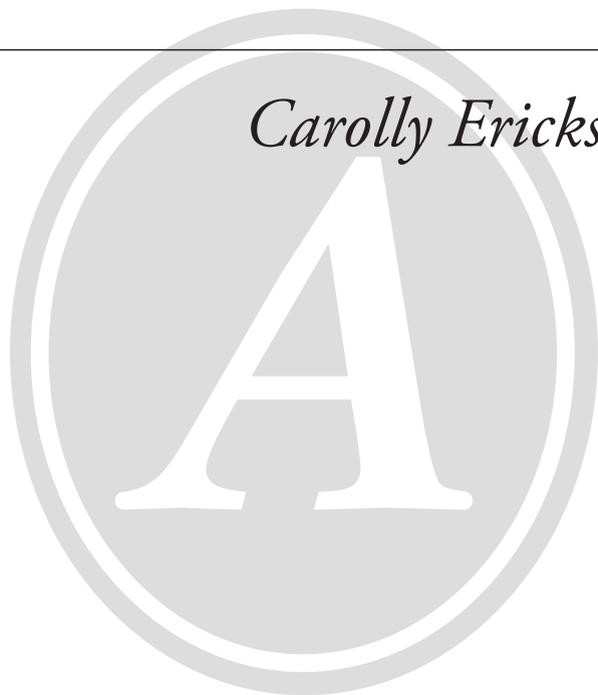
Catalina
la Grande





Catalina la Grande

Carolly Erickson



Erickson, Carolly

Catalina la grande. - 2a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. :
El Ateneo, 2014.

400 p. ; 23x16 cm.

Traducido por: Nora Watson

ISBN 978-950-02-0831-4

1. Catalina la Grande. Biografía. I. Watson, Nora, trad.

CDD 921

Catalina la Grande

Título original: *Great Catherine: The Life of Catherine the Great, Empress of Russia*

Copyright © 1994 by Carolly Erickson

Editado por acuerdo con la autora, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC.,

Armonk, New York USA

Traductora: Nora Watson

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2014

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

E-mail: editorial@elateneo.com

1ª edición: agosto de 2003

2ª edición: diciembre de 2014

ISBN 978-950-02-0831-4

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,

Comandante Spurr 631, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires,

en diciembre de 2014.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Para Lillian Cunningham
y el
Taller Literario Windward

Aloha nui loa





Capítulo 1

La chiquilla menuda y vivaracha caminó hacia el rey y estiró el brazo para tironearle la chaqueta. Tenía cuatro años de edad y le habían enseñado a besar la ropa de las personas mayores como señal de reverencia, pero el hombre gordo y de cara roja que la vio acercarse usaba una casaca demasiado corta, y a ella le resultó difícil hacer lo que su madre le había ordenado. Una expresión de desaprobación, casi de desdén, se dibujó en las facciones de la pequeña. Sus ojos insólitamente grandes y celestes transmitían inteligencia y sensibilidad; observó, impertérrita, ese rostro inflexible e imponente. A continuación se dio media vuelta y regresó adonde su madre y su tía abuela la aguardaban.

—¿Por qué tiene el rey una chaqueta tan corta? —preguntó la chiquilla, y su voz se oyó en todos los rincones de ese inmenso salón con pinturas en el cielo raso y gruesos tapices—. Es suficientemente rico como para comprarse una más larga, ¿no?

Su madre —sumamente incómoda y con plena conciencia de que los dignatarios, los miembros del ejército y las damas de la nobleza presentes, para no mencionar al chambelán de la Corte con su abultada peluca y su largo bastón, las elegantes damas de honor, los ayudantes de cámara y los lacayos con sus solemnes libreas de terciopelo, y su abuela, la duquesa, esperaban todos que le respondiera a la niña— permaneció en silencio.

El rey quiso saber qué había dicho la pequeña, y lo que Federico Guillermo de Prusia deseaba saber, lo averiguaba.

Alguien le repitió las palabras de la chiquilla. Los cortesanos contuvieron la respiración, la cara de la madre de la criatura se puso roja.

Entonces, para su gran sorpresa, el rey se echó a reír. El rey, que llevaba siempre su bastón para golpear a sus soldados cuando no

marchaban suficientemente rápido para su gusto o cuando se desviaban de sus órdenes estrictas y detalladas, se echó a reír.

—Esa pequeña sí que es impertinente —lo oyeron comentar. Después abandonó el salón y la tensión reinante se disipó.

La chiquilla, Sofía Augusta Federica de Anhalt-Zerbst, precoz y activa, poseía un exceso de energía que la hacía descarada y, con frecuencia, obstinada. Hablaba sin cesar, estaba llena de preguntas y notaba y recordaba cosas que pasaban inadvertidas para niños menos inteligentes. Aprendió a leer a muy temprana edad y antes de cumplir los cuatro años ya leía algo de francés y escribía nombres y fechas. Sabía que no era linda —e intuía que eso era lo único que le importaba a su madre—, pero también sabía que era inteligente y que su conversación animada, su gran energía y su carácter alegre lograban dibujar una sonrisa en las caras de los adultos que la rodeaban, tal como su impertinente pregunta había hecho reír al rey Federico Guillermo.

Ella era princesa del insignificante pero honorable principado de Anhalt-Zerbst, una de las trescientas entidades políticas independientes en las que se hablaba alemán. En el año de su encuentro con el rey de Prusia, 1733, esos trescientos principados, ciudades independientes, episcopados y ducados, en principio desperdigados, estaban unidos sólo por el más laxo de los vínculos políticos, una unión vaga y ceremoniosa bajo la bastante decadente autoridad del Sacro Imperio Romano Germánico. Mucho más real que la ensombrecida égida de ese emperador era el poder del rey de Prusia, quien tenía a su mando uno de los ejércitos más numerosos y disciplinados de Europa y cuyas ambiciones territoriales amenazaban la integridad de los estados más pequeños que rodeaban su reino.

El de Anhalt-Zerbst era uno de esos estados, unos pocos kilómetros cuadrados de bosques de pinos, tierras de pasturas y pantanos ubicados entre el Electorado de Sajonia al sur, el Episcopado de Magdeburg al oeste y Prusia al norte. Desde comienzos del siglo XIII, Anhalt se había preciado de su independencia, pero a lo largo de los siglos su espléndida dinastía se había ramificado en tantas direcciones que todos sus príncipes quedaron empobrecidos y el diminuto estado carecía de recursos suficientes para mantener una

casa reinante demasiado populosa. Durante varias generaciones, los príncipes de Anhalt habían evitado ser destituidos sirviendo en el ejército del rey prusiano, y el padre de Sofía, el príncipe Christian Augusto siguió esa tradición; llevó a sus tropas a luchar contra los franceses y los suecos y dedicó su joven vida al mejoramiento de los ejércitos prusianos a pesar de no poseer el talento ni la inclinación necesarios para distinguirse como líder.

A la avanzada edad de treinta y siete años, Christian Augusto se casó con una princesa relativamente pobre pero de buena familia, Juana de Holstein-Gottorp, y la llevó a vivir a la desolada ciudad militar de Stettin, sobre la frontera con Pomerania, donde él y su regimiento se encontraban apostados. Juana sólo tenía dieciséis años y era una muchacha bonita y superficial. Acostumbrada a ser malcriada por su abuela, la duquesa se sentía desalentada por la escasa vida social de Stettin, donde los líderes sociales eran oficiales militares de provincia sombríamente correctos y aburridas esposas de comerciantes. Juana y Christian Augusto le alquilaron una casa a un comerciante local, se instalaron en ella y muy pronto Juana quedó embarazada.

Esto, al menos, le brindó a ella esperanzas. Si tenía un hijo varón, él podría heredar el principado de Anhalt-Zerbst, pues su soberano actual, un primo de Christian Augusto, no tenía hijos y lo más probable era que no los tuviera, y el hermano mayor de Christian Augusto era soltero. El nacimiento de un hijo liberaría a Juana de Stettin y podría también liberar a su marido de tener que vivir bajo el yugo del rey prusiano.

Pero tuvo una hija –Sofía– y Juana sufrió muchísimo al dar a luz. El parto casi la mató y durante cinco meses permaneció apenas aferrada a la vida, dolorida y sin duda resentida con esa criatura cuya llegada la había llevado a las puertas de la muerte. A Sofía la pusieron al cuidado de una nodriza de diecinueve años y, después del destete, se la entregaron a Madeleine Cardel, la gobernanta, quien hizo todo lo posible por poner freno a las energías hiperactivas de la chiquilla y trató de transformarla en una criatura tranquila y dócil, al menos mientras ella y su gobernanta más bien servil estaban a la vista de los padres.

Después de su recuperación Juana volvió a quedar embarazada muy pronto y esta vez estaba decidida a tener un varón. Cuando

Sofía tenía dieciocho meses nació su hermano Wilhelm, quien enseguida se convirtió en el centro de la vida de Juana. Sofía quedó en segundo plano y fue descuidada, mientras que el nuevo bebé recibía toda la atención de sus padres, más aún cuando se descubrió que tenía debilidad en una de sus piernas y parecía no desarrollarse normalmente. Consultaron médicos y recurrieron a remedios caseiros; rezaron por el muchachito, lo llevaron a tomar baños en aguas termales y lo sometieron a toda clase de terapias. Pero el pequeño Wilhelm no mejoró y Juana sufrió otra fuerte decepción al ver que ese hijo que tanto había esperado se convertía en un lisiado.

Entonces Christian Augusto se benefició con la influencia de la familia de su esposa y fue nombrado gobernador de Stettin. Aparte del aumento en honor y nivel social, significaba más dinero –aunque el mezquino general siguió siendo tacaño, para irritación de su joven esposa– y habitaciones más dignas en el castillo de piedra gris que dominaba la ciudad. La totalidad de un piso en un ala del castillo, adyacente a la capilla de alto campanario, le fue asignado a Christian Augusto y su familia. Cuando se arrodillaban para las oraciones de la mañana y de la noche, oían el tañido de las campanas de la capilla, y ese sonido lastimero habría de acosar la infancia de la joven Sofía.

Cuando Sofía tenía cuatro años, Madeleine Cardel abandonó el servicio de Christian Augusto para casarse con un abogado, y su hermana Babette se convirtió en la gobernanta de la princesa. Babette era un verdadero tesoro: perspicaz y con un gran sentido común, no malcrió ni intimidó a Sofía sino que la trató con suavidad y paciencia, ocupándose de cultivar su mente excepcional mientras reprimía su carácter turbulento. Cuando, muchos años después, Sofía escribió sus memorias, destacó ese buen corazón de Babette al señalar que era “un modelo de virtud y de sabiduría”.* Su padre, un refugiado hugonote, era profesor en Frankfurt y Babette había recibido una excelente educación. Tal vez no tenía un conocimiento

* Catalina la Grande escribió por lo menos siete versiones de su autobiografía, la primera cuando tenía cerca de treinta años. Las distintas versiones difieren en cuanto a detalles, y su autora no era ni modesta ni imparcial, pero sus más de seiscientas páginas constituyen un tesoro de erudición narrativa y una ayuda incomparable para el biógrafo.

profundo de los clásicos griegos y latinos, pero ciertamente conocía los dramas clásicos franceses y le enseñó a Sofía a recitar extensos pasajes de Molière y Racine. En un hogar en el que reinaban la religiosidad luterana y un sentido del deber bastante inflexible, Babette representaba la racionalidad y un toque de mordacidad.

“Yo tenía buen corazón”, escribió Sofía de sí misma cuando era chica, “un gran sentido común, lloraba con mucha facilidad y era extremadamente alocada.” Llena de osadía física pero con un agudo sentido de la vergüenza –producto de una educación religiosa muy severa–, con frecuencia se asustaba y se escondía para evitar castigos inmerecidos que seguramente caerían sobre ella. Su madre era rápida para culparla y lenta para reconocer que se había equivocado; en consecuencia, Sofía solía recibir una dosis excesiva de cachetadas y golpes, que hirieron su sentido de justicia y la volvieron temerosa.

Como le gustaba subir y bajar corriendo las escaleras, saltar sobre los muebles y correr a toda velocidad de un cuarto al otro, Sofía se lastimaba con frecuencia. En una oportunidad en que jugaba con unas tijeras, una de sus puntas se le clavó en la pupila de un ojo; por suerte, no sufrió graves daños. Otra vez, jugaba en el dormitorio de su madre donde había un gabinete lleno de juguetes y de muñecos. Al estirar un brazo para tratar de abrirlo, ese pesado gabinete se le cayó encima. Pero afortunadamente ya tenía las puertas abiertas y eso le permitió salir ilesa.

Cuando Sofía tenía cinco años Juana volvió a dar a luz, esta vez otro varón, Federico. Dos años más tarde tuvo un cuarto hijo, también varón, que sólo vivió unas pocas semanas. Wilhelm, el supuesto heredero lisiado de los dominios de Anhalt-Zerbst, siguió preocupando a su madre, quien lo envió a beber las aguas de Aix-la-Chapelle, Karlsbad y Teplitz, centró su atención en él y en su hermano y descuidó a su hija.

Los huesos quebradizos parecieron azotar a la familia, pues a la edad de siete años, a la robusta Sofía se le desalineó la columna cuando un violento ataque de tos la hizo caer de costado, y durante semanas tuvo que guardar cama y soportar intensos dolores. La tos persistió, junto con dificultad para respirar, y cuando al cabo de casi un mes se le permitió a la pequeña levantarse, estaba tan torcida que parecía deformada; su hombro derecho estaba mucho más arriba que el izquierdo, y su columna tenía la forma de una letra zeta.

La primera reacción de Juana frente a este hecho fue el disgusto; ya se sentía suficientemente mortificada por tener un hijo tullido, de modo que una hija desfigurada era algo que realmente no necesitaba. Se ocultó el problema de Sofía a todos, salvo a Babette y algunos criados en los que se podía confiar. Nadie sabía qué hacer: las dislocaciones graves no eran algo fuera de lo común a comienzos del siglo XVIII –con frecuencia se infligían deliberadamente a prisioneros torturados–, pero el único hombre versado en tratarlas y que vivía cerca de Stettin también trabajaba como verdugo local, y Juana no quería que se supiera que lo había llamado para tratar a su hija.

Al final, en el mayor de los secretos, el verdugo ingresó sigilosamente en el castillo. Examinó a Sofía y dio sus recomendaciones: en primer lugar, que era preciso encontrar a una virgen joven que todas las mañanas debía untar con su saliva la espalda y el hombro de la princesa y, en segundo lugar, Sofía debía usar un aparato ortopédico en la espalda, una suerte de corsé rígido y torturante que la mantenía en determinada posición noche y día, y que no debía sacarse salvo para cambiarse la ropa interior.

Juana, quien invariablemente exhortaba a su hija a “sufrir pacientemente su enfermedad”, se enojaba cuando Sofía gemía y se quejaba, e insistía en ese régimen de saliva y corsé. Y cuando, después de muchos meses, el verdugo permitió que se le sacara el corsé rígido, el torso de Sofía había vuelto a su posición normal.

Pero no bastaba ejercitarle los miembros; también era preciso controlarle con mucho cuidado su intelecto para que no creciera en la dirección equivocada. Babette Cardel comentó que Sofía tenía un “*esprit gauche*”, un carácter algo excéntrico y sumamente individual. Era rebelde y “resistía toda resistencia”, como ella misma lo escribió tiempo después, recordando cómo era a los cinco y seis años. Sofía tenía “la tendencia malsana de tomar en sentido contrario todo lo que se le decía”, y a una edad en la que se esperaba que todos los chicos, y en especial las niñas pequeñas, fueran obedientes y sumisos, esa “tendencia malsana” representaba un desafío para sus maestras.

Además de Babette, que sabía cómo gobernar a la joven princesa con la razón y la suavidad, Sofía tenía una maestra de alemán, una profesora francesa de baile, un maestro de música y un profesor calvinista que le enseñaba caligrafía. A este profesor ella lo describió

con desdén como “un viejo poco inteligente que fue un rematado idiota en su juventud”, y al desventurado maestro de música, como “el pobre diablo de Roellig”, y lo ridiculizaba por entrar en trance frente a la voz estruendosa de un cantante con registro de bajo que siempre lo acompañaba en las clases y que, según ella, “bramaba como un toro”. Puesto que carecía de oído para la música, Sofía envidiaba a quienes sí lo tenían, pero no sentía ningún respeto por Roellig ni por los demás pedantes provincianos que la tenían a su cargo.

Sin embargo, Sofía tenía sentimientos más complicados para con Herr Wagner, quien le enseñaba religión –junto con conocimientos básicos de historia y geografía–. Herr Wagner era un pastor del ejército que consideraba su deber imprimir en la mente de esa princesa alegre y alocada nociones acerca de la seriedad de la vida, la maldad del mundo y el temor al infierno. Le regaló una inmensa Biblia alemana con cientos de versículos subrayados con tinta roja y le pidió que los memorizara. Hora tras hora ella permanecía sentada con el libro apoyado en las rodillas, repitiendo para sí frases acerca de las consecuencias del pecado y el poderoso escudo de Dios y el corazón como “engañoso sobre todas las cosas y desesperadamente malvado”. Los mensajes con respecto a la gracia y la misericordia estaban mezclados en la mente de la pequeña con visiones de tormentos y de venganza divina y, de hecho, es bastante posible que la venganza del Señor se hubiera confundido con la venganza de Herr Wagner, pues cuando Sofía pronunciaba mal una palabra o no recordaba un versículo, él la castigaba con dureza y le transmitía tal desaprobación que no sólo la hacía sentir que había fracasado sino también que prácticamente no valía nada como persona.

La tragedia, el mal y el pecado eran los temas preferidos de Herr Wagner, quien se esforzaba por implantar en Sofía una fuerte sensación de pesimismo hacia la vida terrenal y un fuerte temor del Juicio Final, cuando serían castigados quienes no se habían ganado la misericordia de Dios. Sofía se tomaba muy en serio estas enseñanzas del pastor Wagner y en privado lloraba amargamente por sus defectos. Sin embargo, cuando se trataba de la lógica histórica y las enseñanzas del Génesis acerca de la creación del mundo, la curiosidad de la pequeña y su tendencia natural a la polémica le ganaban la partida a su religiosidad.

Discutía con su instructor “acaloradamente y con mucha obstinación” acerca de lo injusto que le parecía que Dios condenara a todos los que vivieron antes del nacimiento de Cristo. ¿Qué decir entonces de aquellos sabios filósofos de la antigüedad como Platón, Sócrates y Aristóteles, cuya sagacidad había sido apreciada durante varios milenios? Herr Wagner le citaba capítulos y versículos, pero Sofía seguía defendiendo a Aristóteles y Platón. Por último, el pastor recurrió a Babette y le exigió que le diera una buena paliza a Sofía para hacerle ver la verdad y obedecer a sus mayores.

Babette le explicó con suavidad a Sofía que no era apropiado que una chiquilla expresara una opinión contraria a una autoridad de más edad como Herr Wagner, y le dijo que debía aceptar su punto de vista. Pero no pasó mucho tiempo antes de que el maestro y su pupila chocaran nuevamente. Esta vez, Sofía quiso saber qué sucedía antes de la creación bíblica.

“El caos”, anunció Herr Wagner con un tono que confiaba fuera definitivo. Pero Sofía preguntó entonces qué era el caos, y no quedó satisfecha con la respuesta de su maestro.

Exasperado al límite y sin duda furioso con Babette por haberse negado a castigar a la princesa recalcitrante, Herr Wagner se dio nuevamente por vencido y solicitó la presencia de la gobernanta, cuya intervención contribuyó a que reinara la paz, hasta que se planteó el siguiente punto de debate acerca de la palabra “circuncisión”. Como es natural, Sofía quiso saber de qué se trataba y, por supuesto, Herr Wagner se mostró renuente a decírselo. Babette le dijo que dejara de hacer preguntas, aunque tuvo que hacer acopio de todo su arte para persuadir a esa criatura de que se resignara a la ignorancia, y Sofía se dio cuenta de que la situación le resultaba divertida a Babette.

Los exámenes de Herr Wagner producían casi tanto espanto como el Juicio Final. “Yo era sometida a un interrogatorio terrible y con hostigamiento”, recordó Sofía años más tarde. Lo peor de todo era la obligación de tener que aprender de memoria lo que le parecía un número infinito de versículos de la Biblia, así como largos pasajes de poesía. Cuando tenía siete años y para ayudarla a concentrarse en lo que estaba aprendiendo, le quitaron todos sus juguetes y muñecas. (En realidad, ella no los extrañó demasiado; prefería los juegos duros y activos de los chicos y las muñecas no le gustaron nunca.

En algunos momentos, para entretenerse jugaba con las manos o plegaba un pañuelo en formas divertidas.) “En mi opinión, no era humanamente posible que yo retuviera todo lo que debía memorizar”, recordó años más tarde. “Además, no creo que valiera la pena semejante esfuerzo.”

La tensión a que estaba sometida era grande y con el tiempo comenzó a desesperarse. Cuando llegó el otoño y los días se acortaron en la ciudad norteña de Stettin y las lúgubres campanas de la iglesia comenzaron a tañer en el crepúsculo, ella tomó la costumbre de esconderse detrás de los tapices y de llorar como si se le estuviera rompiendo el corazón. Las lágrimas eran por sus pecados y por los errores que cometía al recitar sus lecciones, y por el amor del que carecía. Babette la encontró en su escondite, la hizo confesar al menos parte de lo que la atribulaba y fue a quejarse al pastor. Le dijo que sus métodos estaban convirtiendo a Sofía en una criatura demasiado melancólica y asustada por el futuro, y le pidió que fuera menos severo con ella. Ni Babette ni ninguna otra persona tocó el problema más serio que hacía sufrir a Sofía: el hecho de saber que su madre no la amaba, y su resentimiento hacia el lisiado y mimado Wilhelm, quien, en su opinión, a menudo se merecía las cachetadas y los golpes que ella recibía.

Internamente, Sofía estaba sumida en la desesperación, pero exteriormente brillaba... cuando estaba en presencia de otros. Su desparpajo y su alegría, su tendencia innata a “parlotear con descaro y sin cesar” en compañía de los adultos y su sorprendente inteligencia se fundían para causar una fuerte impresión en los que no pertenecían a su círculo familiar. Se acostumbró a ser elogiada por su ingenio. Cuando su madre la llevó a Brunswick a visitar a su bisabuela la duquesa, a Sofía la convencieron de que recitara los largos trozos dramáticos que había memorizado y después la elogiaron y felicitaron tanto que ella llegó a considerarse una persona fuera de lo común. “Oía decir con tanta frecuencia que era inteligente, y que ya era una chica grande, que de hecho me lo creí.” El rey Federico Guillermo, que había presenciado el primer indicio de la precocidad de Sofía a los cuatro años, siguió encontrándose con la pequeña a medida que crecía y prestaba atención a su progreso, preguntando por ella cada vez que estaba en Stettin o cuando Christian Augusto viajaba a Berlín.

Cuando la princesa tenía ocho años, Juana la llevó a Berlín por primera vez. Permanecieron allí varios meses, y Sofía fue a la Corte con un traje de larga cola, vestida como una dama en miniatura. Su columna ya no tenía forma de zeta, sus hombros estaban a la misma altura y ella mantenía con orgullo su cabeza en alto al atravesar los vestíbulos del palacio real que, en realidad, era mucho menos imponente que el de su bisabuela en Brunswick. El rey renovó su trato con ella y la reina la invitó a cenar junto con el príncipe heredero Federico, por ese entonces un joven de veinticinco años. Ambos quedaron fascinados con ella y Federico, quien al igual que Sofía poseía una notable inteligencia y una tendencia a cuestionarse todo, habría de recordarla muy bien.

El hecho de que su hija de ocho años la eclipsara le resultó molesto a Juana: en su comprensión limitada, las chicas tenían valor sólo en la medida en que eran hermosas o, al menos, razonablemente atractivas. En opinión de Juana, Sofía era fea y, por inteligente que fuera, era imposible esconder esa fealdad. Juana no difundía esa opinión fuera del círculo familiar, pero su sensible hija lo sabía. Además, Sofía crecía en un ambiente social en el que el valor de una mujer estaba determinado por su belleza. Todo el mundo sabía que las chiquillas feas terminaban siendo mujeres comunes y corrientes, y que las mujeres así nunca conseguían un marido. Languidecían en la casa de sus padres o en conventos, donde vivían en un lujo recolecto, sin tomar votos religiosos, pero alojándose con las monjas en sus propios departamentos bien equipados. Cada familia, incluyendo la de Sofía, tenía varias de esas mujeres infortunadas y superfluas, para quienes era imposible encontrar otro lugar que ese. Según Juana, Sofía corría el peligro de convertirse en una de ellas.

De inteligencia superior, amena, pero común y corriente: ese era el veredicto dictado acerca de Sofía de Anhalt-Zerbst. La chiquilla hizo lo que se esperaba de ella, observó el mundo a través de sus ojos grandes y luminosos, hizo infinidad de preguntas y aguardó a que le llegara su oportunidad para brillar.